

La retórica del pacificador

Liliana Pérez Moncada

Hic sunt dracones: la monstruosidad del otro



Ilustración 1.

conocido. El mundo del siglo XVI, recientemente heliocéntrico y muy renacentista, navegó en busca del brillo dorado de lo que en adelante sería el epicentro de todos los movimientos humanos.

Al inicio de ese siglo, uno a uno, los dragones arribaron en barcos que encallaron en tierras desconocidas, con un pie en un continente aparentemente nuevo y la mente en tesoros ocultos. Los recién llegados se encargaron de cartografiar usando la métrica de historias plagadas de monstruos, caníbales, bestias desnudas y sacrílegas que personificaban crónicas tan fantásticas como salvajes.

Estos dragones hispánicos usaron la fuerza de las palabras para crear y destruir imaginarios; un nuevo mundo fue fundado a partir de los fragmentos dejados por la retórica de una lengua sin romance. Lo pronunciado, la expresión con la que se nombra al otro, puede esgrimirse en su contra y librar batallas de calificativos, encasillamientos, estereotipos, tergiversaciones y reducciones que engendran enemigos atrincherados en lo profundo del lenguaje.

El idioma de los conquistadores trajo consigo la idea de humanidad y barbarie. Conceptualmente, ser humano era ser español, ser indio era ser bárbaro y salvaje como los animales de la Amazonía. Se configuraron híbridos que salían por los labios y las plumas de los cronistas, atravesaban océanos para regresar grabados e impresos en forma de monstruos aborígenes con cola, endemoniados, gigantes (Ilustración 2) y de orejas tan largas como todo su cuerpo. (Ilustración 3)

*No sé hasta dónde irán los pacificadores con su ruido
metálico de paz
pero hay ciertos corredores de seguros que ya colocan
pólizas contra la pacificación
y hay quienes reclaman la pena del garrote para los que
no quieren ser pacificados
cuando los pacificadores apuntan, por supuesto tiran a
pacificar
y a veces hasta pacifican dos pájaros de un tiro
es claro que siempre hay algún necio que se niega a ser
pacificado por la espalda
o algún estúpido que resiste la pacificación a fuego
lento en realidad somos un país tan peculiar
que quien pacifique a los pacificadores un buen
pacificador será.*

Mario Benedetti, "Oda a la pacificación"

En las Indias no había dragones, pero sí jaguares, iguanas, serpientes emplumadas y aves que sin batir sus alas cruzaban el cielo uniendo a vivos y muertos, un cielo bajo el cual nunca nadie tuvo el atrevimiento de pensar que el dios Sol no era el centro del universo



Ilustración 2.



Ilustración 3.

No hay mucha diferencia entre este imaginario y la realidad subsiguiente al contacto de los cuerpos de los indios con la espada del europeo. Cuando esto ocurrió, los indígenas perdieron sus narices, sus senos, las cabezas, los pies, las manos y sus largas cabelleras. La ficción se hizo realidad (Ilustración 4), hom-

bres sin cabezas o cabezas sin hombre, seres que respiraban sin nariz, que oían sin orejas, que caminaban sin piernas, que se convertían en felino o se transformaban en el espíritu de los bosques al ser quemados en las hogueras de los dragones civilizadores.

El otro es el monstruo que más nos conviene que sea; por ello, narrarlo en hipérbolos hasta convertirlo en una amenaza para el horizonte de quien lo mira es la mejor manera de justificar la eliminación de su naturaleza y, de paso, lograr así aquietar la propia. Quizá este sea un escudo creado para proteger al individuo socialmente “correcto” de aquel que es diferente, ese que se escapa al control y, en consecuencia, resulta repulsivo para el grupo uniforme y dominante.

Los indios fueron vistos como monstruos que debían domarse, hijos del dios Sol, espíritus de fuego capaces de envenenar con sus flechas defensivas o de incendiar sus bohíos que, reducidos a brasas, eran abandonados en la huida al silencio de la selva y a la libertad de la montaña.

El acontecer de la ficción



Ilustración 4.

Esa población indígena, con la que se encontraron los europeos, tenía cabeza, no eran gigan-

tes, ni poseían orejas descomunales. Tal vez por ello, los cronistas debían compensar la falta de monstruosidad física con la monstruosidad en las costumbres del aborigen. Se creó, entonces, todo un conjunto de elementos simbólicos compuesto por palabras que salían del continente americano y cruzaban el Atlántico, hasta susurrar en los oídos de dibujantes europeos historias con las que alucinaban, fantasías redentoras capaces de trazar estereotipos difíciles de borrar de la memoria colectiva de la Europa de los siglos XVI a XVIII. Los grabados que circularon en el viejo mundo ilustrando las crónicas provenientes de las Indias distorsionaban la realidad del indígena (Ilustración 5).

Como extraídos de la *Odisea*, como si Homero los hubiese preconfigurado, los personajes y acontecimientos que aparecen en las crónicas de Indias del siglo XVI, así como en las cartas dirigidas al rey, recurren a elementos retóricos propagandísticos con el fin de obtener recursos que permitan emprender nuevas y mejores expediciones. El poder de la palabra se vio reforzado por el de la imagen y, conjugados con el mecanismo de la imprenta, crearon un arma tan peligrosa como la espada de los guerreros.



Ilustración 5.

El entramado de artimañas discursivas reforzaba la idea de la necesidad de castigar, corre-

gir y civilizar al salvaje. En las cartas escritas a la Corona a veces se narran vicisitudes, otras veces se enaltecen proezas, por momentos a los indios se les asignan calificativos generosos y en ocasiones son descritos como aliados del demonio y asesinos de valientes españoles; la versión dependía de la riqueza que se quería encontrar o con la que se pretendía seducir a su Majestad. Cualquier recurso literario era válido si se quería justificar la entrada violenta a un territorio por subyugar. En la búsqueda de algún beneficio económico, o simplemente con el fin de imponerse, se desconocía la esencia del otro atribuyéndosele apelativos peyorativos. Cada acción opresiva buscaba crear una atmósfera de terror en la que el miedo actuaba como detonante volátil y altamente destructivo, así lo demuestra una carta dirigida al rey, escrita por el cabildo de Santa Marta el 20 de junio de 1612:

(...) los yndios tupes, que an sido muy dañosos en aquella provincia, quemando la **Çiudad** de los Reyes del Valle de Upar con mucho estrago y muertes de españoles, somos informados se van reduçiendo a la paz y ovediençia de Vuestra Magestad, por estar amedrentados de las correrías que se an hecho por nuestro capitán general, sus tenientes, ministros y ofiçiales. (...) A ymportado, ansimismo, algunas estratagemas que a hecho con los yndios del distrito de esta de Santa Marta, para que no viniesen en rompimiento, saliendo una noche con dos esquadras de soldados armados repartidos por diferentes partes, y él ansimismo con otra de a cavallo, que cercavan una parte y valle que llaman Maçinga, al arcabusería se vinieron a juntar todos al romper del alva, con que quedaron los yndios tan atemorizados que salían de sus casas despavoridos a dar la ovediençia, que a sido ymportantísimo para la quietud de esta provincia.¹

Pacificar, domar al salvaje, apaciguarlo con arcabuces. Subordinar, moldear de la piel hasta los huesos, sacrificar sus creencias, crucificarlas y enviarlas al infierno. Someter castigando públicamente, corrección que atravesaba los ojos de la tribu y a la vez, el estómago del ca-

cique. Secuestrar, robar, decapitar y empalar hasta que solo quedara el silencio de los cuerpos desangrados y de la voluntad doblegada.

Todos estos desmanes se enmarcan en las estrategias de la conquista, ya que ella implica, tanto antes como ahora, alterar la armonía del débil para imponer la del poderoso bajo acciones represivas y arbitrarias. ¿Y si mi paz está en la quietud de la montaña, en no tener señor, ni horarios? Nada puede ser más lejano a los estándares de la sociedad occidental, el libre albedrío es contrario a cualquier acuerdo social. La pacificación de los colonizadores era una mezcla de retórica belicosa con fantasía civilizadora y mesiánica. Basta leer un fragmento de la carta del cabildo de Santa Marta del 15 de julio de 1620 para hacer una breve inmersión en el conflicto de intereses entre el colono y el nativo, cuyo eje de acción estaba dirigido a la imposición de un armisticio por las armas:

(...) y el gobernador hizo tan buenas y apretadas diligencias que prendió a este negro capitán, y haveriguándole y confesando él graves delitos lo ahorcó y descuartizó, y a los cómplices açotó y desterró, con que quedó la tierra segura y se pudo comenzar a entablar la granjería de perlas. Y estando entendiendo en ella, le llegó aviso que los yndios tupes del distrito de la **ciudad** del Valle de Upar, que son muy belicosos, se havían alçado y rebelado y muerto algunos españoles, a cuyo castigo y pacificación ynvioó treinta soldados, prevenidos de todo lo neçessario para la guerra, con un cabo. Y después fue el gobernador, y por su horden algunas esquadras de vecinos y soldados, y hiçieron entradas en las tierras de estos yndios, taláronles las comidas, cojiéronles algunas piezas, y entre otras fueron tres caçiques, los principales authores del alçamiento, a los quales por lo dicho y otras graves culpas que se les comprovaron, mandó ahorcar el gobernador. Y con este castigo y los muchos aprietos y talas que les hiçieron en sus comidas, vinieron los dichos yndios apurados a pedir la paz, y la dieron la más firme que jamás an dado en otros alçamientos, y en esta conformidad quedan sirviendo a los españoles y poblados en lo llano, cossa que nunca se havia podido acavar con ellos.²

Resistirse a la pacificación era un acto punible, mas no por su oposición combativa, sino por el agravio y la osadía de pretender andar por la vida sin rendir tributo y obediencia a las leyes de otros hombres, que suponen en un encuentro fortuito el descubrimiento que les otorga autorización para adueñarse de la naturaleza que es y que habita el otro.

Aquellos dragones ibéricos venían cubiertos por armaduras de metal, cabalgando unas bestias que resoplaban, guiando las fauces de los canes hasta desgarrar la vida de los insensatos (Ilustración 6). A la montaña se le erizaban los árboles y a la selva se le interrumpía su silencio de grillo cuando veía serpentear el río con los cadáveres que como una estela quedaban tras el paso de los visitantes. Caballeros de conquista, tan hábiles con la espada así como con los sofismas y eufemismos que lograban legitimar cualquier tipo de violencia bajo el amparo de reyes y santos.

Esa escena no ha cambiado mucho y aún presenciarnos la paradoja de ver como algunos hombres pretenden imponer su propia lógica, por arbitraria que esta sea, usando la guerra. Esperan pacificar a los pacíficos, porque su paz no es la misma que la de los pacificadores.



Ilustración 6.

La pacificación no cesa, aunque a veces cambia de bando o de latitud, ella continúa grabando en el papel y en la memoria, arcos de flechas, lanzas, balas, misiles y proyectiles de discursos cada vez más sofisticados. Los *ellos* siempre serán disonantes porque los *nosotros* armonizamos al unísono de alguna verdad.

Ilustraciones

1. Liliana Pérez Moncada, "Drake", acuarela, lápices de colores sobre cartón pulpa, 30 x 20 cm, 2017.
2. Autor desconocido, grabado incluido en el *Diario de circunnavegación* de John Byron, Malvinas, 1764-1766.
3. Autor desconocido, *Homo fanesius auritas*, grabado incluido en el libro *Monstrorum Historia*, Ulisse Aldrovandi, 1642.
4. Jodocus Hondius, *Ewaipanomas*, grabado incluido en el libro *The discovery of the large, rich, and beautiful Empire of Guiana, with a relation of the great and golden city of Manoa*, Walter Raleigh, 1596.

5. Theodor de Bry, *Canibalismo en Brasil*, grabado incluido en el libro *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos*, Hans Staden, 1557.
6. Theodor de Bry. Grabado que representa la escena en que Núñez de Balboa azuza sus perros contra indios acusados de sodomía, 1594. Biblioteca pública de Nueva York.

Referencias

1. Vidal Ortega, A. y Baquero Montoya, A. —Comps.— (2007). *De las indias remotas... Cartas del cabildo de Santa Marta (1529-1640)*, Barranquilla, Ediciones Uninorte, pp. 148-149.
2. *Ibid.*, p. 162.

Liliana Pérez Moncada, estudiante de Historia del Alma Máter, ganó con este texto en 2017 el Concurso de Ensayos María Teresa Uribe de Hincapié convocado por la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia.



Edwin Monsalve. *Transmutaciones (Glirísida sepium)*. Planta recolectada, acuarela, cinta botánica y grafito sobre papel. 45 x 75 x 5 cm. 2014-2016. Fotografía: cortesía artista